

cido mezcla indefinible de respeto, de confianza, de amor y de desinterés, domina á todos los demas, la impresion es deliciosa, porque el espíritu, el corazón, todas las facultades quedan satisfechas. Así, padre y rey, y rey porque es padre, hé ahí á Gregorio XVI, hé ahí al papa. Tal es el reino del Vaticano, tal fué el del Calvario.

El gabinete en que recibí mi audiencia es una pieza oblonga, bastante estrecha y sencillamente amueblada; á un lado estaba una mesa de escribir. Papeles, algunos libros, un modesto tintero y un hermoso crucifijo de marfil, con una pequeña estatua de la Virgen, formaban todo su adorno. En un estrado de cerea de seis pulgadas de altura se levantaba un simple sillón de escritorio, y no había otro asiento. El Santo Padre traía una sotana de lana belluda blanca, sin cintura, según la costumbre de Italia; medias blancas, un solideo blanco con pelerina del mismo color, tan larga como un capelo ordinario, completaban su traje. Solo las sandalias eran rojas, y estaban adornadas con una cruz de oro. Gregorio XVI es de una estatura elevada, sus cabellos son blancos como la nieve. Tiene la tez fresca, más bien pálida que colorada, la voz dulce y fuerte, los ojos grandes y negros, adornados con anchas cejas muy arqueadas. Su andar es firme y su cuerpo derecho, á pesar de sus setenta y seis años. Sus facultades morales han conservado todo su vigor; su memoria, sobre todo, es admirable. Agregad á todas estas ventajas la dignidad y la sencillez de las maneras con no sé qué de espiritual bondad, y tendreis el retrato hecho en verdad sin lisonja, del augusto y venerable anciano.

Entre las ceremonias usadas en las audiencias papales, hay una cuyo origen no es inútil explicar, atendiendo á que expresa á su modo la naturaleza de la dignidad real cristiana que acaba de ocuparnos;

quiero hablar de la genuflexion y del acto de besar los piés á Su Santidad. Los pueblos antiguos atestiguaban su respeto hácia la majestad soberana, ya doblando la rodilla, ya prosternando la frente en el polvo: De aquí vienen aquellas expresiones tan frecuentes en los autores contemporáneos: *genuflexus ante eum, provolutus ad pedes*, "arrodillado ante él, arrojado á los piés." Todavía hoy los orientales se inclinan hasta la tierra cuando comparecen ante sus señores. Esta costumbre la ha conservado el cristianismo, y el católico rinde con amor y dignidad al Vicario de Jesucristo, el homenaje que el temor ó la adulacion arrancaba á los pueblos encorvados bajo el yugo del despotismo. Pero los primeros soberanos Pontífices, no queriendo que se fuera á creer que ellos lo exigian para su persona, pusieron la cruz en su calzado, á fin de que el fiel al prosternarse ante él besara aquel signo adorable. En la iglesia de *San Martin de los Montes* vimos la cruz en una sandalia del papa San Martin I, martirizado á mediados del siglo VII. El mismo signo se encuentra en el retrato de mosaico de Honorio I, en Santa Inés extra-muros, y en el de San Cornelio, igualmente de mosaico, en la iglesia de Santa María *in Trastevere*. A este primer signo de humildad han agregado los soberanos pontífices desde San Gregorio Magno, el título de *Servo de los Siervos de Dios: Servus, servorum Dei*. Hé aquí el Evangelio, programa y divisa de la dignidad real cristiana. Estas tres palabras, grabadas en el corazón de los monarcas, serian la garantía de su trono, y la felicidad de sus pueblos. Si no sucede así, no hay que imputarlo á la Iglesia romana, la cual en sus menores costumbres, así como en sus más solemnes enseñanzas, se da á conocer como la más grande escuela de respeto y como la más grande escuela de abnegacion; esta conducta, que

es un deber, encierra la solucion de todos los problemas sociales.

13 DE ENERO.

Visita al P. Moutone.—Detalles sobre San Alfonso: su canonizacion.—Carta del Santo.—¿Es su teología una teología local, nueva; peligrosa, de contrabando?—Picante conversacion del buen Padre.—Visita á San Luis de los Franceses.

Hacia largo tiempo que se me habia prometido una visita que yo deseaba mucho. Como á las diez vino por mí un excelente amigo y me condujo á casa de los religiosos del *Santisimo Redentor*; el padre José Moutone, superior de la casa, era el objeto de una viva curiosidad. Este venerable anciano, recibió el hábito de religioso de manos de San Alfonso de Ligorio, con quien vivió cuatro años. Le hallamos en su pequeña celda, ocupado en ordenar algunos opúsculos inéditos del Francisco de Sales de la Italia. A las preguntas que yo le dirijí sobre la vida íntima del santo obispo, me respondió él. A pesar de sus continuos sufrimientos, nuestro padre estaba de lo más alegre y amable. Durante la recreacion no dejaba de tocar el piano, ó el clavicordio, para divertir á la comunidad; él era el alma de la conversacion. Contando desde el día en que fué nombrado obispo, no quiso tocar ya aquellos instrumentos.—Padre mio, le decian sus hijos, ¿por qué no tocáis ya?—*Ma che, ma che direbbe la povera gente? «Qué diria el pobre pueblo?»* no dejaria de decir: Mientras que nosotros estamos en la miseria y el trabajo, Monseñor se divierte. Para evitar esta especie de escándalo, no volvió á tocar su clave, hasta despues de haber dado su dimision.

El padre José, digno hijo de San Alfonso, es tambien un amabilísimo anciano.

Se provocó una larga conversacion sobre la teología moral del santo obispo y sobre las contradicciones que habia encontrado. "Ah! me dijo, esas contradicciones no datan de hoy, yo sé de ellas alguna cosa. Como postulante en el proceso de la canonizacion de nuestro padre, tuve que sostener rudos combates. Un dia, entre otros, el promotor de la fe, á quien llamamos vulgarmente *el abogado del diablo*, creyó haberme vencido, objetándome que San Alfonso habia carecido de *prudencia*, supuesto que habia sostenido el probabilismo, obrando así contra la opinion de un gran número de teólogos. Y esto es tan cierto, añadía él, que se asegura que Alfonso de Ligorio se retractó de ello ántes de morir."

A estas palabras, el buen anciano, quitándose el bonete, me decia con un aire maligno: "Yo le dejé seguir sin interrumpirle y me creyerón indefenso y vencido. Cuando hubo acabado, leí mi respuesta á la objecion de imprudencia, y la sagrada Congregacion la halló victoriosa, y el promotor abandonó este cargo; pero quedaba la repetida retractacion del santo; aquí esperaba yo al abogado del diablo." Saco de mi legajo una carta que, héla aquí, escrita por el santo poco tiempo ántes de comparecer delante de Dios." Abriendo entónces el cajon de su mesa, me la leyó; es de tal modo decisiva, que perdónese me que la refiera.

"El padre Patuzzi me insinúa muchas veces en su libro que debo retractarme; pero deja entender, que yo queria mejor exponer la salud de mi alma que consentir en ello. Yo le doy gracias por la buena opinion que tiene de mí. Según eso, yo he dejado el mundo, me he privado de mi libertad entrando en una congregacion en la cual he hecho votos de perfecta pobreza y de perseverancia; en una palabra, me he

condenado á vivir como misionero en una estrecha celda ¿y para qué? para morir réprobo, y esto, porque no quiero rendirme á la verdad y retractar mi opinion. ¡Pero qué locura seria la mia, cuando la retractacion no me acarrea deshonor alguno, y sí gloria ante el mundo entero! En el hecho de retractarme yo diria que hasta aquí he tenido buena fe, pero que siendo hombre sujeto á error, me he apresurado á rendirme á la luz, cuando el Señor ha querido iluminarme. Estoy cierto de que todos, aun mis partidarios, me mirarian como á un hombre de conciencia y no me negarian sus elogios. En cuanto á los antiprobabilistas ¿de qué alabanzas no me colmarian viéndome pasar á sus filas? Al contrario, quedando en mi opinion, paso á los ojos del padre Patuzzi y de sus afectos, por ser un cerebro loco, un relajado, un obstinado y lo que es más, un hombre ridículo y de mala fe.

“Mi avanzada edad y mis enfermedades, me anuncian que compareceré muy pronto delante de Dios; pero me consuelo al pensar que mi sentencia eterna será pronunciada, no por el padre Patuzzi, sino por Jesucristo, que ve el fondo de los corazones. Es cierto que temo el juicio á causa de mis pecados; pero de ninguna manera á causa de la opinion que sostengo, porque ella me parece de tal modo cierta, que solo la Iglesia podria hacérmela abandonar, condenándola. En este caso yo someteria mi juicio á su infalible autoridad, pero obedeceria sin saber por qué. *Ed in tal caso io sotto porró il mio giudizio alla di lei autorità infallibile, é diró che mi bisogna ubbidire, benché siami ignoto il perché.*”

En otra parte el santo se expresa así: “Vuestra paternidad sabrá que tuve por maestros y directores en los estudios eclesiásticos, á partidarios del rigorismo; que el primer autor que me pusieron en las

manos fué Ginetti, jefe de los probabilistas, y que durante largo tiempo fué el ardiente defensor del probabilismo. Más tarde, examinando las razones de la opinion contraria, he cambiado de opinion. Durante el espacio de treinta años en que me he ocupado de esta cuestion, he leído innumerables autores, partidarios de una y otra opinion; y durante todo este tiempo, no he cesado nunca de pedir á Dios que me hiciera conocer el sistema que yo debia abrazar para evitar el error. He fijado al fin mi opinion, apoyado, no en mi discernimiento personal, sino en la enseñanza de los teólogos, y ántes que todos en la del príncipe de la teología, Santo Tomás, el oráculo de todas las escuelas y el doctor de la Iglesia.

“Me he aplicado muy á menudo á examinar bien mi conciencia. Estoy cierto de no haber escrito, ni por pasion, ni por entusiasmo. . . . Ya termino. . . . Hace muchos meses estoy atacado de una enfermedad que no me deja ningun descanso, y que es muy verosímil que me conduzca muy en breve al sepulcro. Se dice comunmente que uno es el lenguaje que se tiene durante la vida, y otro el que se tiene en artículo de muerte, porque á la hora de la muerte se sienten remordimientos que no se sienten, ó por mejor decir, que no se quieren sentir durante la vida. Pues bien, yo no tengo remordimientos ningunos por haber sostenido mi sistema tocante al probabilismo, ¿qué digo? mi mayor remordimiento seria que se adoptara el sistema contrario en la instruccion de los demas, aunque apoyado en la opinion de ciertos autores modernos. En la enseñanza he seguido el sistema de San Crisóstomo: *Circa vitam tuam esto ocerbus, circa aliam benignus.* En cuanto á tu vida sé severo; en cuanto á la agena benigno.”

“Hubiérais visto al promotor de la fe, decia el padre José, abrir tamaños ojos á

la lectura de estas cartas; quedó mudo, y la sagrada congregacion declaró que Alfonso habia practicado la prudencia en un grado *heróico*; y observad que aquí se trata de la prudencia del escritor que debe servirle de regla en sus lecciones. La bula fué redactada y llevada para la aprobacion del Santo Padre. El cardenal relator temblaba al estar leyéndola; tan fuertes y explícitas eran las expresiones de la Congregacion sobre las obras y la santa doctrina de Alfonso. Cuando llegó al pasaje que contenia este juicio, le interrumpió el Santo Padre, exclamando: *Bravo, tutto questo è vero.* “Bravo, todo esto es verdad.” ¡Juzgad cuál seria mi consuelo al saber esta frase salida del oráculo de la verdad! Yo dije á mi vez: *Petrus, locutus est, causa finita est.* “Pedro ha hablado, la causa ha terminado.”

—No para todo el mundo, le dije.— “¡Ah! sí; ya se relició vivamente que hay algunos malos franceses, *Francesacci*, que resisten todavía. Pero no son malvados, *non sono cattivi*, dijo poniendo el índice en su frente, *sono pazzi, si, si, pazzi, e per che; sí, sí, locos, hé aquí el por qué.*” Entónces se puso á desenvolver con mucha lógica y lucidez las consecuencias del galicanismo y del rigorismo. “Yo conozco á esos señores, continuó el espiritual anciano; teología local, teología nueva, teología peligrosa, teología de contrabando; he aquí lo que dicen de la moral de San Alfonso.”

Luego, quitándose de nuevo su bonete, se inclinaba hácia mí y replicaba con dulce ironía: “¡Teología local! *ma per Baccho!* muy local en efecto, puesto que está adoptada en todas las localidades del mundo, en Italia, en Alemania, en Polonia, en Bórnica, en Sérvia, en las Indias, en América y hasta en Francia. Hé ahí las firmas de siete de vuestros obispos, que de acuerdo con setenta y cinco de sus colegas, ruegan al Santo Padre que ponga á San Alfonso en

el número de los doctores de la Iglesia. ¡Teología local! Pero aunque no lo fuera para toda la catolicidad, vuestros franceses deberian mirarla como hecha para su país. Os ruego me digais, ¿á quién ha respondido Su Santidad solemnemente, que se podia, *tutta conscientia*, seguir las opiniones de San Alfonso? ¿Es acaso á un obispo italiano, aleman ó español? No; es á un cardenal frances, que segun parece, no le consultaba para la Italia, la Alemania ó la España, sino para la Francia, para su diócesis: y la prueba de ello es que la piadosa Eminencia se apresuró á enviar á sus sacerdotes la respuesta del vicario de Jesucristo, exhortándoles á seguir una moral aprobada por la madre y la señora de todas las Iglesias. ¿Y cuándo se hizo esta consulta? No hace ni cien años, ni cincuenta años, ni veinticinco años; hace solo nueve años. La moral de San Alfonso es, pues, buena para la Francia actual. ¡Teología local! pero si es buena para una parte de la catolicidad, *per che, di grazia, ¿por qué*, hacedme el favor, no habia de ser buena para los demas? ¿Desde cuándo ha dejado la moral de ser una? ¿Quién se ha atrevido á decir alguna vez que la regla de las costumbres podia variar segun los grados de longitud? Lo que es justo, honesto, lícito en Italia, en Alemania, en España, ¿puede ser injusto é ilícito en Francia? No se trata en la moral de San Alfonso de ciertas aplicaciones de pormenor que pueden variar segun los lugares y las personas, admitiendo como cierto el principio de donde dimanar; se trata del fundamento mismo de toda su teología: á saber, si una ley dudosa obliga ó no obliga. Ahora bien, la solucion de este problema no puede variar segun los países y las personas; debe ser necesariamente la

1 Respuesta de la Santa Sede á su Eminencia el cardenal de Rohan, arzobispo de Besançon, 31 de Enero de 1833.

misma en todas partes. Pues bien, la Iglesia ha encontrado irreprochable la solución dada á este problema por San Alfonso; luego en todos los países se puede, por no decir se debe, seguir la moral que contiene. *Ecco in breve per la theologia locale*; hé aquí en pocas palabras lo que mira á la teología local.

Benone, padre, benone; muy bien, padre, muy bien, le dije, es una teología nueva; esto no puede negarse. — ¡Teología nueva! replicó; ¡ah! *Francesacci qui vi preudo*; ¡ah! Galicanos, aquí caísteis. En este punto, no os disgusteis, pero no son los novadores aquellos que se cree que lo son. ¿Cuál es, os pregunto, la fecha de vuestras teologías favoritas? ¿Cuántas citais como mayores en edad de la que yo defiendo? Conozco teologías vuestras que no tienen cincuenta años, que no tienen veinticinco, y hay alguna que todavía no ha nacido. Vosotros decís que teneis antiguas. Sí, datan de la segunda mitad del siglo diez y siete. Pero Santo Tomás, San Buenaventura, San Antonino, San Raimundo de Peñafort, los *seiscientos cincuenta y seis príncipes* y grandes señores del mundo teológico, cuyos oráculos componen la moral de San Alfonso, no son de ayer. Reinaban ántes de vuestros teólogos, y con ayuda de Dios reinarán todavía sobre los que vayan viniendo. ¡Ah! decís que vosotros los entendéis mejor que nosotros: *ma per Baccho!* ¿habeis reflexionado sobre este hecho tan notable? Por una parte veo en moral á todas las Iglesias del mundo y á Roma á su cabeza, marchando en la misma vía y adoptando, sin contestación, la moral de San Alfonso; por otra, á algunos franceses que la rechazan. Unas y otras dicen tener aquellos grandes santos por maestros y por doctores; ¿de qué lado está la verdadera interpretación? ¿Quién ha cambiado? *Ab initio non fuit sic*. Al principio no fué así. Esta división

no ha existido siempre; ántes de 1641 la Francia estaba acorde con las demas Iglesias. Leed vuestras conferencias eclesíásticas, vuestros rituales, vuestras teologías anteriores á aquella época, y ellas os presentarán la prueba de este magnífico acuerdo. ¿Por qué, cuándo y cómo ha cesado? preguntádselo al jansenismo. El clero de Francia, permaneciendo católico, no estuvo muy cuidadoso contra las severas novedades de la secta. Una nueva práctica reemplazó á la antigua, con excepcion de ciertas comunidades religiosas que conservaron hasta la revolucion francesa las antiguas tradiciones. Hé ahí, en pocas palabras, lo que mira á la teología nueva.”

El buen padre, á quien yo escuchaba con el más vivo interés, se detuvo un momento y me ofreció un retrato original de San Alfonso, así como un cuarto de papel en que habia notas escritas de su mano; luego un pedazo de paño sobre el cual habia expirado el santo obispo. Recibí aquellos objetos con respetuoso reconocimiento; y despues de algunos pormenores sobre la pobreza de Alfonso, ataqué de nuevo á su hábil defensor, diciendo: “Convenid, no obstante, padre mio, en que esa teología es peligrosa y se abusa de ella.”

— ¡Teología peligrosa! *¡Gesú mio!* ¡Jesús mio! voy á traduciros esta modesta pretension de vuestros franceses: “El que suscribe, superior, profesor, director de seminario, cura, vicario frances, que sabe en derecho, mejor que el papa, si una teología es buena ó mala; conociendo de hecho mejor que él la moral que conviene enseñar en Francia, declaro peligrosa la teología de Ligorio aprobada por el papa, y mala para la Francia, aunque buena para la Italia, para la Alemania, para la España y para el resto del mundo. En fe de lo cual declaro, que mi conciencia no me permite ni seguir ni enseñar la susodicha moral, y que Roma habria hecho mejor en

poner á Ligorio el index, que en inscribirle en el número de los santos. “Hé ahí, hé ahí, me dijo sonriendo el excelente anciano, la modestia de vuestros doctores. Además, añadió, quien quiera que séais, superior, director, profesor de seminario, á pesar del respeto que me inspirais, á pesar de mi veneracion hácia la Sorbona, vuestro concilio permanente de las Gálias, yo os declaro á mi vez, que no conozco mas que un hombre en el mundo á quien se haya dicho: “*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; confirma á tus hermanos; apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas*. Lo que él condera, yo lo condeno; lo que él aprueba, yo lo apruebo. ¿Podeis decir de él otro tanto? Se abusa de ello, añadió aún; pero se abusa también del Evangelio, ¿y es malo por esto?”

Y me fijaba la vista escudriñando mi pensamiento; como yo le veia en tan buen camino, le dije para llevarle al término: “No es ménos cierto que es una teología de contrabando que se introduce furtivamente en los seminarios y en las diócesis, con gran disgusto de los profesores y de los obispos.— ¡Teología de contrabando! *ma che vergogna!*, mas qué vergüenza. ¿El Santo Padre es ó no es el jefe de la Iglesia universal? Su reino espiritual, su derecho de gobernar y de enseñar, ¿se extiende ó no se extiende á todos los reinos y también á la *bienaventurada* Iglesia galicana? ¿Tiene ó no tiene el derecho de aprobar, de vituperar á los predicadores y á los teólogos, de hacer enseñar, ó de condenar las doctrinas? ¿de darles ó de negarles pasaportes para todo el universo? Si decís que sí, y conviene que paseis por ello, so pena de dejar de ser católico, ¿podríais citarme quién tiene el derecho de declarar mercancía de contrabando una teología aprobada y recomendada por el vicario de Jesucristo? ¿Quién tiene el de-

recho de establecer aduanas en las fronteras de tal ó tal imperio para pesar, verificar, visar, señalar, detener, confiscar las doctrinas que él envía? Pues bien; la moral de San Alfonso viene de Roma, su pasaporte está firmado, *Benedicto, Clemente, Leon, Pio, Gregorio*; luego no es una mercancía de contrabando; luego está en regla; luego tiene libre paso, libre circulación; luego toca á las autoridades competentes prestarla socorro y asistencia en caso de necesidad.”

A estas palabras, se descubre otra vez el reverendo padre, y me dice inclinando profundamente la cabeza: “¿Cuántos hay de vuestros franceses que presenten iguales certificaciones?” No pude dejar de sonreirme al ver el entusiasmo del buen anciano. Me hizo gustar la sal de su conversacion de tal modo, que no he temido en referirla toda entera. ¡Ojalá ∇ pueda ella servir para fijar los espíritus en una cuestion de la más alta importancia!

Al volver, visité á *San Luis de los Franceses*; esta es la más bella iglesia nacional que hay en Roma. Además de la magnífica fachada de travertino, se admiran allí dos soberbios frescos del Dominiquino; las pinturas de la bóveda por el caballero d'Arpin; la tumba del cardenal de Bernis, y sobre todo, un pequeño cuadro de la Virgen Santa, colocado en la sacristía. Esta obra, de gran hermosura, se atribuye al Corregio. La iglesia fué edificada en 1580, segun los dibujos de Santiago de la Porte, y dedicada á la Santísima Virgen, á San Luis rey de Francia, y á *San Dionisio Areopagita, apóstol de las Gálias*. Así, mal que pese á nuestros críticos de reaccion, Roma y nuestros abuelos han creído siempre que la Gália céltica conserva la fe del ilustre discípulo de San Pablo. A la verdad, cuando se han leído las sábias *Disertaciones del padre Mamachi*, causa admiracion que la Francia mo-

derna haya podido repudiar tan noble origen. Hasta principios del siglo XVII, no se ponía seriamente en duda, aun entre nosotros, la mision de San Dionisio. El *Mar-tirologio galicano* publicado por el sabio Du Saussaye y la iglesia de San Luis de los Franceses en Roma, son de ello un doble monumento; ¡no se encontrará hoy un crítico, digno de este nombre, que revise este proceso?

14 DE ENERO.

El abate Palotta.—El padre Bernardo.—El padre Ventura.—Predicacion italiana.

Monseñor de B., protonotario apostólico, celebraba en su capilla privada, con permiso del Santo Padre, la fiesta patronal de San Luis, y me suplicó que fuese yo á decir la misa allí. Fué tanto mayor mi reconocimiento por aquella amable invitacion, cuanto que debia procurarme la ventaja de ver á uno de los *santos* de Roma, al reverendo padre Bernardo, religioso mínimo. El y el abate Palotta están acusados altamente de hacer milagros. El hecho es que gozan en Roma de aquella veneracion religiosa que está afecta á la santidad, como la sombra al cuerpo; y todo conduce á creer que en este caso la voz del pueblo es la voz de Dios. El abate Palotta es un sacerdote secular. Napolitano de origen, amigo y compañero del venerable canónigo de Buffalo, fundador de la *Congregacion de la preciosa sangre*; y de él heredó su talento y su celo. Su vida se pasa en toda clase de obras. Voy á citar en particular el *Apostolado católico*, vasta concepcion del génio de la fe, en la cual vienen á concentrarse todos los pensamientos particulares, todas las obras aisladas que tienden á la gloria de Dios y al bien espiritual de los hombres. Para hacer conocer esta obra, representándola con

su carácter de universalidad, se predica, durante la octava de la Epifanía y en todas lenguas, en San Andrés *della Valle*, y se celebra allí misa en todos ritos. El abate Palotta es llamado continuamente cerca de los enfermos; si hay una mision difícil, parece que es de su resorte; ¡tan grande así es la confianza que inspiran sus virtudes! Trae siempre consigo una imagen de la Virgen Santa, colocada en un gran relicario, y en lugar de los *buenos dias* ó del *hasta la vista* mundano, su saludo es presentaros á María á vuestra veneracion. Este hombre extraordinario es pequeño de estatura, delgado y un poco encorvado. Sus cabellos ya encaneciendo; su tez pálida; sus grandes ojos azules como el cielo de Roma; su mirada dulce y penetrante; su rostro ovalado de gran pureza; la amenidad de sus maneras, el aire de melancolía y de candor difundido en toda su persona, pero sobre todo su fe que de nada duda, os inspiran no sé qué sentimiento de confianza filial y de respeto religioso que no podeis impedir. El abate Palotta habla poco, y su continente, siempre compuesto, da idea de un verdadero *místico*, en el buen sentido de esta palabra.

Otro es el *padre Bernardo*, porque la gracia se modifica segun los caracteres y los temperamentos. El padre Bernardo, calabrés de nacimiento, soldado ántes de ser religioso, tiene modales más decididos que el abate Palotta. Su estatura es alta, su andar vivo y expedito, su fisonomía móvil, cabellos negros como azabache, una tez morena, ojos negros y pequeños que brillan como dos antorchas en sus órbitas profundas, labios delgados y pómulos salientes, que caracterizan en él el tipo meridional. Amable, alegre, sencillo, un poco descuidado, atrae hácia él, por la franqueza de sus maneras, la espiritual vivacidad de su palabra y ese inexplicable sello de santidad impreso en toda su perso-

na, que no deja él mismo de conocerlo. Cuando sale, todo el mundo le detiene en las calles para besarle la mano y encomendarse á sus oraciones. Esto le sucede todos los dias; porque por mañana y tarde, y por tarde y mañana, es llamado cerca de los enfermos, de los afligidos y de los pecadores. Todas las clases se lo disputan, y él se entrega todo á todos. Pero su salud no le basta, y aunque jóven, está ya encorvado, no tanto por el peso de sus cuarenta y cinco años, sino por las austeridades y las fatigas. Para aliviarle, hace algun tiempo que le enviaron sus superiores á Calabria. Apénas supo el pueblo de Roma la salida del *santo*, cuando acudió en masa al convento de los Mínimos, y reclamó con lágrimas á su consolador y á su amigo. Esta súplica llegó hasta el soberano Pontífice, quien llamó al padre Bernardo, y mucho tiempo hizo el pueblo guardia, durante la noche, al rededor del monasterio, para impedir que se lo arrebatasen otra vez.

Tuvimos la felicidad de asistir á su misa, celebrada en la capilla de Monseñor de B. . . ; la dijo, como santo que es, con mucho recogimiento y sencillez. Solo permaneció veinte minutos en el altar, y no fué largo más que en el Ofertorio, en el *Memento*, en la Consagracion y en la Comunión. Todo lo demas lo pasó violentamente; se veia que trataba con Nuestro Señor como con un amigo. Tuvo la bondad de darnos á cada uno un recuerdo, y de hablarnos de la Francia, cuya situacion moral conoce muy bien. La reputacion de hombre de Dios, de que goza el padre Bernardo, es de tal modo real, que en los negocios difíciles el soberano Pontífice recurre con frecuencia á sus luces.

Véase cómo Roma es un gran relicario no solo de santos muertos, sino tambien de santos vivos; me parece que debe ser

así. ¿Acaso la nota de santidad no debe ser permanente y sensible en la Iglesia, como la de catolicidad? ¿No es acaso en el corazon mismo de la celeste esposa del Hombre-Dios, donde este carácter debe brillar con un brillo más constante y más vivo? Además, la permanencia del milagro hace que la santidad de la Iglesia llegue á ser, sobre todo, incontestable. Pues bien, los santos muertos, cuyas reliquias llenan las catacumbas de Roma, ó descansan bajo los altares, como el cuerpo del bienaventurado Crispino y del bienaventurado Leonardo de Puerto-Mauricio, prueban que era santa en los siglos pasados; y los santos vivos demuestran que no ha dejado de serlo.

He dicho que el abate Palotta dirigia el Apostolado católico, y con objeto de contemplar esta grande obra en accion, nos trasladamos á San Andrés *della Valle*. Durante el dia habian tenido lugar muchos sermones en diferentes lenguas; el de por la tarde fué predicado por el célebre padre Ventura, cuyo púlpito estaba rodeado de una inmensa concurrencia. Apénas bastaban á la multitud la iglesia y las capillas laterales. Apareció el padre en el *palco*, especie de estrado levantado 6 piés sobre el auditorio; es bastante amplio para colocar en él una mesa y un sillón, y bastante largo para que el predicador pueda pasearse. Por lo demas, no está rodeado ni con rejas ni con balaustros; solo alfombras más ó menos ricas lo cubren, cayendo hasta el suelo. El predicador no tenia más traje, que su vestido de teatino. Despues del exordio, se puso el gran orador en movimiento, y yendo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, distribuia la palabra santa á todas las partes de la numerosa asistencia. Gracias á esta libertad, habia en su accion y en su gesto una naturalidad y una dignidad, que es imposible expresar en es-